

# Testimonio de reconocimiento

PANEGÍRICO DEL SABIO BOTÁNICO  
JUAN TOMÁS ROIG, POR EL CAPI-  
TÁN ANTONIO NÚÑEZ JIMÉNEZ.

Compañeros miembros del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Compañeras y compañeros:

En nombre de los familiares del doctor Juan Tomás Roig, del Partido Comunista de Cuba y del Gobierno Revolucionario, tenemos la triste misión de despedir el duelo del insigne patriota, del maestro, del revolucionario, del científico, del hombre pleno, a quien damos sepultura en su querida patria.

Encarna Juan Tomás Roig el singular ejemplo de una vida que finaliza a los 94 años de edad, y que desde los 17 comienza a luchar en el exilio al lado de José Martí, por la independencia, terminando como miliciano de la patria y militante del Partido Comunista de Cuba, desde donde luchó, día a día hasta su último aliento por el desarrollo del Socialismo. Así, lo vimos una noche frente a la embajada yanqui, en La Habana, ante el mar de pueblo que le escuchaba, demandar, con voz vibrante todavía, la libertad de los pescadores cubanos secuestrados por el imperialismo.

Esas virtudes cívicas y patrióticas no constituyen, con ser tantas, su único legado a la posteridad, pues esta actividad revolucionaria se entrelaza, como los átomos de un mismo elemento, con su devoción científica en los campos de la Agronomía, la Farmacia y muy especialmente en las disciplinas botánicas, donde figura como un maestro y erudito sin par.

Todos los que tuvimos el privilegio de tratarlo, de conocerlo y amarlo, admiramos en él su infinita sabiduría y bondad, su valor y su modestia singular, siempre enriquecidas con ésa, su mayor calidad humana, que le ha hecho el Maestro por excelencia.

Nacido el 31 de mayo de 1877 en Santiago de las Vegas, pueblo donde transcurre casi toda su vida, queda huérfano de padre a los 4 años, sintiendo los zarpazos de la pobreza; a los 7 años comienza su enseñanza primaria en la escuela municipal para pobres, de su villa natal, enseñanza que tiene que abandonar a los 11 años por duras razones económicas, empezando desde los 11 años a trabajar como aprendiz de tabaquero en la fábrica «La Crema de Cuba»; a los 14 años es promovido a operario de la misma, iniciándose como obrero tabaquero, lo que influyó en su formación, por las profundas tradiciones proletarias y revolucionarias de ese sector de nuestra clase obrera, tradición que enraíza precisamente en sus tierras de Santiago de las Vegas, de donde partieron los vegueros que se alzaron contra el despotismo español en 1723 y que se mantuvo

viva durante los preparativos de la Guerra de Independencia en las fábricas de Tampa y Cayo Hueso, donde labora Juan Tomás Roig desde 1894 a 1898, en que regresa a Cuba después de militar en las organizaciones dirigidas por el Partido Revolucionario Cubano.

A los 21 años, finalizada la Guerra del 95, regresa a Cuba, donde continúa trabajando como tabaquero. A las duras jornadas de trabajo suma horas y horas preparándose para lograr el certificado de Maestro de Instrucción Pública e Inglés, que obtiene en 1901 con las más altas calificaciones, que le valen la asistencia a un cursillo de verano para maestros de inglés en la Universidad de Harvard. A este respecto señalamos que a Juan Tomás Roig, cubano vertical de siempre, no le contaminó nunca, ni en el exilio, ni en la República mediatizada, el veneno imperialista; antes bien lo incitó a la rebeldía como cubano digno. Del pueblo de los Estados Unidos bebió lo mejor de su cultura, rechazando y combatiendo las influencias negativas del régimen social imperante en Norteamérica.

Ejerció en Cuba como maestro durante años. En 1902 comienza sus estudios de Bachillerato y 4 años más tarde ingresa en la Universidad de La Habana como estudiante de Farmacia y Perito Químico, graduándose igualmente en Ciencias Naturales; en esta última obtuvo la calificación de sobresaliente con su tesis «Las Cactáceas de la Flora Cubana».

En 1913 es designado Jefe del Departamento de Botánica de la Estación Experimental Agronómica, institución a la que estaría ligado indisolublemente; en 1917 obtiene por oposición la cátedra de Cosmología, Biología e Historia Natural en el Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río.

En 1914 comienza a explorar los campos y las montañas de Cuba; se adentra en los bosques, atraviesa las ciénagas, y en todos estos paisajes investiga el maravilloso mundo vegetal; trabaja con miles de especies, descubre decenas de éstas y publica numerosas monografías.

En 1928, producto de sus estudios, publica la primera edición de su «Diccionario Botánico de Nombres Vulgares Cubanos», obra trascendental de nuestra cultura, que mereció sucesivas ediciones. En 1964, un decreto del Gobierno Revolucionario firmado por el comandante Fidel Castro y el presidente de la República Osvaldo Dorticós Torrado, designa a Juan Tomás Roig, Miembro de la Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, figurando desde entonces, por su trabajo paciente y abnegado, como uno de los fundadores de la primera Academia de Ciencias Socialistas en el hemisferio occidental.

El compañero Fidel ha sentido siempre un cariño y una admiración entrañables por el Maestro Juan Tomás. Muchas veces se interesó por sus condiciones de vida, por su trabajo. Recuerdo que el 8 de enero de 1969, en ocasión de inaugurarse el Instituto de Física Nuclear, Fidel conversó con el eminente sabio, inquiriendo por la nueva edición de su obra «Las Plantas Medicinales, Aromáticas o Venenosas de Cuba» y apremiando a los compañeros de la Acade-

mia de Ciencias a que continuaran a su lado grabando y escribiendo sobre sus experiencias científicas, recuerdos que ahora serán tesoros inestimables de nuestra cultura nacional.

No es este el momento de hacer una exposición de sus obras científicas. Quisiéramos resaltar, eso sí, el ejemplo que como revolucionario, patriota y científico deja a la presente y a las futuras generaciones el doctor Juan Tomás Roig, ejemplo de hombre bueno que, próximo a cerrar sus ojos para siempre, llamó a sus discípulos y les pidió, no hace muchas horas, que al morir le dieran sepultura en la tierra roja de su querido Santiago de las Vegas, que sobre su túmulo funerario se plantara un árbol, y que cuando alguien lo contemplase, pensase que él lo había alimentado para vivir en la belleza de su tronco, de sus ramas y de sus flores. En ese árbol se simbolizará aquélla, su voluntad de vivir, de servir, de sólida sabiduría, que lo hizo enfrentarse victorioso a todos los obstáculos económicos, sociales y políticos; voluntad ejemplar, ahora transfundida en la naturaleza imperecedera de su Cuba, así como su memoria será para siempre en nuestro pueblo.

Santiago de las Vegas, Cuba

21 de febrero de 1971

AÑO DE LA PRODUCTIVIDAD